



## **PRESENTACION**

### **A cargo de D. Arcadio Luis Saldaña Ferrer**

Entrañable Reverendo Señor Cura Párroco de San Nicolás y de Santa María la Blanca y Director Espiritual de esta Hermandad, Reverendo y estimado D. Manuel Barrera Cobano, Junta Rectora de la Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud, María Santísima de la Candelaria y Nuestra Señora del Subterráneo, Señores Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades invitadas, preclaros Pregoneros anteriores y cofrades todos en Cristo y María.

Primavera y Cuaresma, un bello y penitencial binomio que se hace presente en las primeras luces del día, saturada de aromas de los encantadores Jardines de Murillo y sombreadas por el contraluz de ese faro que es la Giralda. Respiramos en el ambiente, impregnado de antemano por el olor del incienso que hemos aspirado en los Cultos, que ya está próxima la Semana Santa. Por siete días Sevilla se reintegra en la profundidad de sus redaños, vive su ventura como en otros paisajes y se desgrana en gestos y maneras. La Semana Santa crea en la gente de Sevilla un caudal y río de sentimiento cofrade, rebosantes de gozo por hacernos partícipes, a nuestra manera, de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y acompañar en su dolor a su Bendita Madre María.

Y para contarnos las excelencias y pregonar a nuestros sentidos, el vivir cofrade de estos siete días santos nadie mejor que mi hermano y amigo Carlos Herrera Crusset. Andaluz de pleno corazón, nacido entre las brisas marinas y vientos serranos de la almeriense Cuevas de Almanzora, es hombre de gracia y fino ingenio. Sevillano de



adopción y de los pocos que se conozcan que hayan cumplido sus deberes militares en la compañía del cuerpo de ferrocarriles de Plaza de Armas. Escritor y periodista, siendo sus colaboraciones más habituales en el periódico ABC y las revistas “Diez Minutos” y “Viajar”. Ruiseñor de las ondas radiofónicas y televisivas donde nos ha regalado, nos regala y nos seguirá regalando a millones de oídos el timbre melódico de su cándida voz a través de sus periclos en “Canal Sur Radio”, “Cadena COPE”, “TVE”, “Onda Giralda Televisión” y en la actualidad “Radio Nacional de España”. Como escritor tenemos la dicha de contar como ejemplar lectura y puesta en práctica su sensible libro “Catálogo de pequeños placeres”.

Está en posesión de numerosos premios y galardones, de los que destaco el “Premio Ondas”, el “Victor de la Serna” y acreedor de la “Pluma de plata del Pen Club”. Así mismo, por su amor y dedicación a la Semana Santa de Sevilla le ha sido concedido el “Primer Guardabrisa de Plata de Casa Ricardo”. Destacado Pregonero y Exaltador del mundo cofrade, tiene en su haber el Pregón de la Hermandad de la Hiniesta, el Pregón del Costalero de la Hermandad de San Esteban y hace pocas fechas la Exaltación en la Catedral de la Almudena de Madrid “Saetas y otras músicas de la Pasión”, organizada por la CEA.

Hermano de la Candelaria y del Silencio, con su esposa Mariló y sus hijos Rocío y Alberto forman una familia ejemplar donde reina la paz, el amor y el entendimiento bajo la dulce mirada de su Bendita Madre de la Candelaria, a la que acompaña desde hace diez años como hermano de número, aunque su relación con ella sea mucho más lejana.

Honor que tú te has ganado

Honor que lo has merecido

El amor que le has tenido

La Virgen te lo ha pagado

Carlos, tienes la palabra



## **PREGON**

Lo que esta noche que voy a contar ya lo sabéis. Lo que voy a vocear, ya lo habéis vivido. Todo lo que me queda por llorar ya lo habéis llorado. Nada de lo que escuchéis esta noche habrá de ser nuevo para vosotros, que también estáis, como el poeta, resueltos en lunas, que os habéis vestido largamente con el traje sevillanísimo de la Penitencia. ¿Qué puedo contaros que no hayáis oído? ¿Cómo se puede transformar un corazón de secano en corazones de regadío? ¿Qué se puede hacer para que el llanto se transforme en esa pedrería radiante que se asoma esbelta por los ojos?.

¿Cómo puedo pretender emocionaros, si ya tenéis el territorio anímico acostumbrado al asombro?. Los milagros en los que creemos, fijaos bien, no dejan de ser el mismo muchas veces repetido. Igual que esta batahola de sobresaltos que es la Semana Santa, milagrosa, insistente y pertinaz. Siempre la misma, nuestra Semana Mayor no deja de pasarnos y conmovernos, tal vez porque nos introduzca en esa vertiginosa rueda del tiempo, y porque tal vez, creyendo saberlo todo, nos damos cuenta de que no sabemos casi nada. Vosotros, en cualquier caso, sabéis aquello que sois capaces de sentir, como yo, y tengo el convencimiento de que, a lo largo de estos minutos, sabréis algo más acerca de lo que significan estos próximos días para este humilde superviviente que os habla.

Reverendo Padre, Excelentísimas Autoridades, Junta de Gobierno, Hermanos Mayores, Cofrades, queridos amigos, Candelaria, hoy.

No se trata de ningún secreto: estoy frente a vosotros, a la vera de nuestros titulares, voceando primaveras y manejando impunemente la palabra y acariciando el tiempo en que Sevilla es más Sevilla, abrazando esa emoción de un Jueves de Pasión, que es más de lo que puede suponer el alma de un hombre de barrio como el que os habla. Dejad que me limite a vestir mi corazón de Martes Santo y que mi pálpito sea el mismo que cuando atravieso las puertas del Templo, no más allá de las seis de la



tarde, cuando la luz cachea las túnicas de los nazarenos, esa luz de atardecer, esa poca luz, como de centeno, marca el límite de un día que no habrá hecho mas que empezar. Es la historia de un largo día y de un largo sueño, que habrá empezado tres días antes, y además, su forma de empezar, por lo demás es su forma de acabar.

Pasados cuatro días, con los primeros calores del Domingo de Ramos, empezará la melancolía. Esa melancolía que nace en el alma como una violeta, que ampara sus disimulos en un repliegue del corazón y que trae blondas mordidas por el tiempo. Empieza a echar redes al verso y acaba por abrazarnos como un castigo inevitable.

Empieza y acaba, a la par, una proteica vida que se repite año a año. Está la Primera en la Campana y asistimos de repente, a la certeza de lo mismo, al laberinto resabido, al sollozo conocido, a la memoria mil veces revivida, a la ceremonia melancólica de volvernos a ver a nosotros mismos hace años, muchos años.

Por lo tanto debemos darnos prisa. Pero no cualquier tipo prisa. Como escribió alguien, hay que darse prisa por tardar. Hay que acudir rápidamente para poder tardar y para saborear un sonido que se está acabando, un instante que pasa como un latigazo de luz. Prisa por quedarse a vivir en una voz, en un olor, en un contraluz, en la calitipia irrepitible de un solo momento. Cuando la mañana de ese Domingo de Ramos me topo con el primer nazareno, todos los años de distinta disciplina, pienso que el tiempo ha pasado a ser descontable, que se ha iniciado una lenta e inexorable cuenta atrás. Y que si no tengo los sentidos despiertos veré pasar sin detenerse muchos recuerdos futuros. Así que me pongo en alerta, abro el objetivo angular que guardamos en ese sótano misterioso que es el alma y me siento a ver pasar la vida en el desfile colorista y anónimo de un cuerpo de nazarenos.

Atrás ha quedado una Cuaresma rellena de Sevilla. No una Sevilla rellena de Cuaresma. Ha pasado el desfile civil de una ciudad entera por la vertical de nuestras costumbres: la Alfalfa de azulejo ha visto pasar a los que serán nazarenos a la búsqueda de un capirote nuevo., como si aún anduvieran en ese sonámbulo transcurrir



de la infancia; los comercios de cinta métrica y de cartón han visto aglomerarse a sus puertas la paciencia de la espera; la Alcaicería nunca ha sido tan transitada por almas enriquecidas de primavera y con papeleta de sitio. Hasta el nazareno del Siglo Sevillano parece haber vuelto a contar los días desde la esquina de Álvarez Quintero. Esta ciudad de sol antiguo ha preparado su estilo ritual de Domingo de Ramos, remedando protocolos y observancias.

Ya empieza entonces a saber a incienso la palabra., ya se empiezan a soñar ángeles en bandada sobre la sombra de las calles, ya se oyen tambores a lo lejos, repartidos en el sembrado caprichoso de los barrios, ya empiezan a tener los rostros ese color de pájaro escapado de pronto, ya se quitan las manos su guante de ceniza, ya salen detrás de las cortinas los aromas de entrega, el asombro empieza ya a desplegar sus visillos de niebla, ya parece levantar Dios despacio esa red que nos aprieta, ya cruza las esquinas la sombra de una parihuela y se dibuja una pasión en el repliegue de la memoria.

*Un látigo de amor que me conmueve*

*Un suspiro de azahar que se hace fuego*

*Un resplandor de sol vistoso y ciego*

*Y un calor adentro disuelto en nieve*

*Un amor y un desamor que se porfían*

*Varias lágrimas de plata que al son ruedan*

*Hasta que el pañuelo dibuje un volapié*

*La zozobra de verte otro año, todavía*

*Estas fuerzas, benditas, que aun me quedan*

*que sostienen, Candelaria, mi sangre en pie.*



Cuando se hace la tarde, cuando el sol introduce sobrantes de cielo por el tragaluz, cuando el horizonte es un río sublevado, antes de que la luna en creciente presagie la perenne hermosura del mundo y antes, mucho antes, de que sintamos sobre el hombro la mano de la aurora, se abren de par en par las puertas de San Nicolás. Previamente, revuelo de túnicas, abrazos de reencuentro, buenos deseos compartidos, ajustes de cuentas con Dios, su mijita de guasa entre los tramos, reparto de ceras ( de todo tipo ), acopio de maderos, alguna que otra fotografía y tanto anhelo como impaciencia acumulada. Es Martes Santo.

Y no ha sido este un año fácil. Si desciendo algunos peldaños hasta detenerme en la planta de las miserias y las grandezas meramente humanas, no tendré mas remedio que escribir una crónica del desaliento. Y no quisiera. Incluso tal vez hasta no debiera. Pero atento, como quiero estar a este devenir, este patio de flores breves que es la vida, no debo quitarle la vista al hecho mismo de una hermandad que ha conocido el mordisco de la discordia, el paraje seco y áspero del desencuentro, el rojo desaliento de la crispación. Es muy probable que no nos lo merezcamos, pero también es muy probable que sí, y que todos los choques frontales delirantemente vividos por muchos de los que han dedicado su mejor tiempo a la Hermandad sean una lección escrita en la memoria. Las Hermandades de nuestra Sevilla viven, en ocasiones, entre dos realidades: la que es y la que creen que debe ser. Parece que, en ocasiones, establezcamos una postura ante la imagen de Dios, cabizbajos, pensativos, temerosos, reverenciosos, píos y pulcros, y luego, una vez cerrada la puerta del Templo, nos soltemos el nudo de la corbata y nos digamos: “ahora vamos a ser como de verdad somos”. Da toda la impresión de que dejamos el retablo dorado y pasamos al tablero marcado. Como si una cosa fuera entretener a Dios con buenas oraciones y otra manejar la realidad del ámbito tabernario de la pelea. Como si una vez acabadas las ceremonias pudiéramos dedicarnos a la guerra de guerrillas, a las camarillas de influencia, a los grupos de presión, a la inusitada y ridícula lucha por el poder.



Sabido eso, conocido el diagnóstico, solo nos queda saber, a ciencia cierta, el pronóstico. Solo nos resta saber si la patología dejará secuelas y si quedamos debidamente advertidos de posibles recaídas. Dios me libre de querer señalar responsables, ni culpables, ni víctimas ni verdugos. No, no, ni mucho menos. Todos lo somos. Pero reflexionemos: a los católicos nos convendría ser un poco más cristianos de lo que somos y asumir en el hondo calado de los adentros el mensaje de humildad que dejó marcado el hijo de un carpintero en Galilea. En virtud de esas enseñanzas asumo el pecado de la soberbia, de la intolerancia, de la suficiencia, de la insolencia, del furor y del enojo. Señalo a nuestro Padre Jesús de la Salud y le pido humildemente perdón. Perdónanos Señor por no entender que las navajas afiladas no son propias de los territorios del pudor. Perdónanos por seguir el camino del encaro, el sendero arrostrado de los desafíos, tanta insensatez y tanto derroche de aspavientos.

Y danos en cambio, Señor, medida para amortiguar el látigo animal que mueve la tierra, danos el firme anclaje que precisan las almas para templar las embestidas, danos praderas de luz para aguardarte, danos tiempo, más tiempo para que nuestro corazón madure como una extraña fruta picoteada.

Nosotros, Señor, somos el único error que nos podemos permitir. Por ello queremos evitar ese camino desde el que solo se ve tu espalda mientras te alejas.

Nuestra estatura crece en el desastre, como si nos juntáramos a convivir la sed. Y es cuando todos los que aquí estamos, iguales en resacas y en plegarias queremos reconocer nuestras cicatrices. Sabes, Señor, que toda primavera tiene fracaso de semillas, que la luna tiene pedregales y que el aljibe presuroso de las aguas de Mayo acumula estiércol y gañanías.

Pero el hombre merece un salario de esperanzas y una erupción de promesas. Queremos el crédito celeste de tu ternura de Padre y el infinito regadío de tu caricia.

Danos, Señor, el gesto de tus manos para que el viento en tus dedos suene como un arpa. Aquí tienes las nuestras, vueltas sus palmas vacías hacia un cielo en espera. Se



alzan mustias y solas, como nidos vacíos. Se alzan temblorosas, como mis palabras, temiendo contagiar la penumbra o la pesadumbre; pero se alzan sinceras, arrepentidas, con una ofrenda de cirios y una dulce vocación de paloma.

Son las manos de tus hijos de la Candelaria, Señor. No dejes que queden cuarteadas por el frío ni que hagan de su piel un ejercicio de lija. Son manos tenaces. Son manos de sangre sevillana. Dales la blanca plenitud de tu mirada. Dales tu amor, dales tu perdón, Señor.

Me preguntan mucho mis amigos, en la víspera de cada Mates Santo, cual es el rincón, el lugar, donde mejor ver la imagen de la Candelaria a lo largo de nuestro recorrido penitencial. Yo suelo contestar según vea al individuo: si es forastero y no conoce la Semana Santa, posiblemente le aconseje los jardines de Murillo, pero sólo en ese caso, ya que si es propio del lugar, le someto a un recorrido casi paralelo al nuestro y le insto a que elija entre varios colores de atardecer y anochecer, varios fondos de mobiliario urbano y varias densidades de seres humanos. Luego cada uno hace lo que le da la gana, está claro, pero...¿ saben lo que haría yo en el caso de ser un paseante en busca de cofradías?.

Cuando sale de su Templo, la Candelaria se ve obligada a girar sobre sus pies para dejar la vertical de una larga y soleada calle San José a la que volverá cuando su luz sea la de los faroles y la cera, la que se escapa de alguna alcoba o la que surge de alguna bocacalle. Ese instante de volver a tomar las calles de Sevilla, de hacerse con un asfalto vencido en la Plaza de Nuestro Padre Jesús de la Salud, es el momento íntimo en el que el nazareno siente la victoria sobre el tiempo, en el que cuenta mentalmente los años que han transcurrido desde que por primera vez alguien le puso sobre los hombros la dulce carga del amor. El nazareno ve su barrio agazapado tras la





tela anónima de un antifaz y siente entonces, entre tanta gente, entre la muchedumbre el pellizco de la soledad.

Estás solo, hijo. Hay mucha gente a tu alrededor, y tú les conoces, pero ellos no saben quien eres tú y es cuando puedes sentirte como un forastero en tus calles, podrás pasear tu ciudad y no deberás el saludo a nadie porque nadie te va a saludar a ti. Nadie te conoce. Sólo te conoces tú y allá te las compongas contigo mismo. Aguántate durante ocho horas y dite las cosas que no te has dicho durante todo un año. O díselas a Dios. O deja que Él te las diga.

Esta placita del querer donde se pasan los años sin que nadie los cuente.

*Tanta sangre en deuda, tanto corazón sin cancelas*

*Tanto templo con heridas de atardecer.*

*Tanta soledad entre tanta muchedumbre*

*Tanto llanto interior, como río manso sin remedio*

*Tanta herida sin sangre, de costado a costado*

*Tanta vida como un rambla de la niñez*

*Tanta torrencera de furias domadas*

*Tanta tristeza dormida al cobijo del párpado*

*Tanto sol pulverizado salpicando los brillos*

*Tanto son de campana con el eco húmedo del murmullo*

*Tus ojos, Señora, pasaron por mi anónima presencia*

*Inocentes, dulces, puros*

*Como dos niños al borde de una pena*

*Me has librado de vivir en penitencia*

*En ese espacio que una lengua cierra*

*Donde mis sueños vivían en cuarentena*

*Tus lágrimas, de cielo; mis lágrimas, de tierra*



*estrelladas bajo el antifaz de angustia nazarena.*

*Cruzan como una sombra penitente y remorena*

*El calmoso perfil que mi mejilla encierra.*

La calle Muñoz y Pabón se vence como un tubo que fuera a perderse lejos de esta plaza flanqueada por la vieja piedra de Sevilla. Ve el nazareno esas puertas de las calles que se escapan al recorrido penitencial, ve la calle Mármoles, como un suspiro de la Sevilla que busca la Catedral por un atajo, ve la calle Almirante Hoyos con el azulejería hermoso de los ultramarinos que se van perdiendo, enfila Candilejo, dejando atrás los comercios donde otros dejaron atrás la memoria de madera del mobiliario de otros tiempos y sólo queda un paso para llegar a uno de los grandes kilómetros cero de la Semana Santa de Sevilla, al nudo de ese manojito de cables tendidos al aire que son los itinerarios de las cofradías: la Alfalfa. Plaza de la Sevilla que se resiste a marchar, a desaparecer; plaza de Sevilla donde conviven coches y caracoles, panes y jabones, persianas y anteojos; plaza que igual ve pasar al Hijo de Dios camino del Calvario que lo ve venir muerto, o agonizante, o en compañía de la Magdalena, o presentado al pueblo por Pilatos, o caído y ayudado por el cirineo, o rodeado de traidores, o en su cena postrera, o llorando entre sayones; plaza que ve pasar, con el largo paréntesis de un año, nada menos que a la Madre de Dios. Y a la Madre de Dios llorando dolorosa lacerada por su inconsolable dolor, que abre sus cancelas de aire al perfume de María. Plaza de la Alfalfa sin la cual Sevilla no sería Sevilla, ni la saeta sería la misma saeta. Plaza en la que Rocío Vega dejaba suelta la flecha de su voz de grito alado, estremecedor y cristalino – como la definió el inolvidable Manuel Ferrand – para que ésta se enredara en el manto de todas las dolorosas. Plaza de la Alfalfa de cuando los señores aún no llevaban relojes de pulsera y guardaban en el bolsillo solemnes relojes heredados; de cuando Luis de Peraza estudiaba historiar una ciudad que ya tenía historia; de cuando Manuel García Espartero andaba con aquella borriquilla a la que tanto quiso y a la que llevó consigo



hasta la muerte de ambos. Alfalfa de adolescentes alborotadores y alegres. Alfalfa de aparcacoches y señoritos, de jaulas de Domingo, de capirotes de Cuaresma, de idas y venidas a cualquier parte, de estribillos de la memoria. Hubo una vez un viejo amigo amante de la Alfalfa, de los que la cruzan a diario aunque no precisen pasar por ella, que la Alfalfa era su hogar, su auténtico hogar, porque tenía toda la animación que sólo tienen las paradas de taxis. Era uno de esos hombres cuyo carraspeo era un recitado, de esos hombre, como lo podría definir, de los que usan las gafas de cerca sólo para buscar las gafas de lejos, de los que dicen que un hogar es un sitio del que puedes salir sin fianza. Era un bendito maldito al que ciertamente añoro. Al igual que otro viejo amigo que dice que como fuera de casa no se está en ninguna parte, este, Manolo de nombre, acostumbraba a decirme: “los ricos, Carlos, tienen memoria; nosotros tenemos sólo rencor”. ¡Cuánto me acuerdo de tí, querido! Era de esos tipos que retrata el genial José Luis Alvite y que define como aquellos para los que la familia es sólo una enfermedad de transmisión sexual. Siendo él como era, jamás faltaba, de año en año, al paso de la Candelaria por la Alfalfa. Y luego Sales y Ferré, y el consabido parón hasta que pase San Benito, y la Plaza de San Pedro, y el Cristo de Burgos, y ya el camino decidido hacia la Carrera Oficial donde nos espera una Sevilla aterciopelada vestida de Martes.

*Si se acerca alguna nube de tormento*

*De dolor, de ausencia, o pena incluso*

*Si malvivo entre el uso o el abuso*

*Del pecado, y su mal remordimiento*

*Si me acosa embozada alguna afrenta*

*Y me exilia de esta tierra de caricias*

*Y me lleva adonde vive la codicia*

*O ese lento perecer de muerte lenta*



*Habré de saber, pues, lo que preciso  
Acércame a tu cobijo lentamente  
Abrazarme a una madre que no miente  
permanecer atado a ti como Dios quiso*

*Lágrima de amor cautiva y mendiga  
en la mejilla del Domingo de Ramos  
Nostalgia de una lágrima que hostiga  
Y no se seca con la fuerza de las manos*

*Una lágrima sin pena y sin horario  
Una luz vigorosa y solitaria  
Una voz, un rapto, un desembarco  
Una madre de Dios, la Candelaria.*

El paso por la Carrera Oficial tiene la cosa de parecerse a las pasarelas. Es estimulante saber que vas luciendo tu cofradía, que el andar solemne del nazareno de tramo a la altura de los palcos es una disciplina de orden interno pero cuando se entra en la Carrera Oficial hay un vértigo interno que te hace querer salir cuanto antes, volver a tus calles, volver a tu barrio. Cuando una cofradía entra en lo que Antonio Burgos llama el “Campana-Dakar” sabe que entre los ojos populares, sinceros y admirados, se agazapan otros escrutadores en busca de la disonancia. Un leve detalle de inelegancia por parte de algún elemento cofrade hará que, al día siguiente, se lleven las manos a la cabeza esos divertidos talibanes de la ciudad que gastan buena parte de su tiempo en rasgarse las vestiduras de domingo y restaurarse la dignidad ofendida. Pero , ¿quién no



es inelegante en algún momento del tránsito de cofradías por esa carrera de obstáculos que es la calle Sierpes?. Cuando la Cruz de Guía llega a la Campana ya está el Diputado Mayor de Gobierno echando cuentas del retraso que le ha dejado el anterior, y ya se está preguntando si merece la pena recuperar el tiempo y apuntarse al mérito cofrade aunque sea pasando de siete en siete. Algunos creen que sí. Otros prefieren pasar con el tiempo que les corresponde y que arree el de atrás. Ese se apunta el mérito de los suyos. Pero en cualquier caso ya ves a los fiscales de paso metiéndoles prisa a los capataces, a los capataces diciendo eso de “no correr” y a los costaleros metiéndose en el cuerpo unas chicotás imposibles. La cosa está en sortear la carrera de obstáculos de Sierpes como mejor se pueda. Niño deja ahora la bolita de cera. A ver ese tramo qué pasa. ¿Te vas a parar ahora aquí?. Qué quieres, si llevo desde la revirá de Campana con éste aquí diciendo que pare en este balcón un segundito que le van a cantar lo que nunca ha escuchado la Virgen. Pues como no le canten El Bimbó, anda, déjate, que mira como vamos. Vámonos valientes, ¡a esta es!. Ojito con los palcos que aquí hay mucha tontería. Los nazarenos serios como su cirio. Que tieso está el alcalde, hijo, aunque debe conocer a mucha gente, porque va saludando uno por uno a todos los nazarenos. No es pesaíta la Avenida, y qué le gusta una silla al Consejo de Cofradías, este año hay una grada nueva en la calle Hernando Colón . ¡Pero si en la calle Hernando Colón no se ve nada!. Bueno pero hay un tío asomado que se lo va contando. Ya estamos, San Miguel, la rampa, un desahogo. Y de repente, como de la noche al día, del siglo XX al XVII, al silencio, a ese sonido inconfundible que se produce cuando se encuentran unas zapatillas y un suelo encerado. De la bulla al misterio, del naranjo a la piedra, de las voces al silencio. La Catedral aguarda con sus fauces abiertas devorando el tránsito de una larga hilera iluminada. Y llegando a la Puerta de Palos, dos del Consejo más tiesos que un ajoporro, muy serios y tomando nota reloj en mano. Se acabó. Volvemos desandar lo andado buscando los recovecos que van del Triunfo a San Gregorio. Ese tramo es uno de los que aconsejo a quien me



pregunta donde ver la cofradía con amplitud y vistosidad, sin que una señora quiera pasar con su cochecito de niño por entre una bulla apretada, sin que notemos en la nuca el aliento de un desconocido y sin que nos pisotee cualquier armario ropero. Ese, y la calle San José, son dos magníficos lugares para ver la cara a una Virgen que vuelve a casa entre los clamores privados de su gente, con sabor a barrio, con olor de intimidad.

La calle San Fernando, ¡qué larguita es la calle San Fernando!. Y cada día hay más gente. Como dice Antoñito Garmendia “si es que lleva bulla hasta La Canina”. La calle San Fernando es una autopista de enlace: como si cruzáramos el Canal de La Mancha y entráramos en territorio continental. Aún queda la alfombra señorial que el Cristo de los Estudiantes deja a su paso. Pero tienes la misma sensación de cuando vuelves de un viaje por el extranjero y notas que estás llegando a tu casa, a tus calles, donde hablan como tú, donde les gusta comer las mismas cosas, donde están los símbolos comunes, las comunes rencillas y las comunes solidaridades. Así de microcómica es Sevilla, donde una calle más allá puede parecerse otro universo distinto. Cruzar la Alfalfa es ir a otra provincia, y no digo ya cruzar la Puerta de la Carne, que es como ir a otro país. Joan Manuel Serrat me decía un día que una de las cosas que más le apasiona de Sevilla, a la que tanto y tanto ama, es que la gente, la gente de cada día, dice de donde es y a qué barrio pertenece, nombrando su parroquia. Yo soy de Santa Genoveva, yo de San Ildefonso, yo de San Nicolás, yo San Bartolomé... Una parroquia es la punta de un compás que gira por la cercanía de algunas calles y delimita un microcosmos que años atrás significaba aún más de lo que significa hoy. Los tiempos nos hacen cambiar y asistir al propio cambio de nuestro entorno; nos hacen ser testigos de la desaparición de lugares comunes en lento goteo. Pero hay una Sevilla menuda que se resiste a la apisonadora de los tiempos y a su dictadura inevitable: es aquella que depende sentimental o materialmente de la Semana Santa. Gracias a nuestra Semana Mayor están vivas las cererías, los comercios



del esparto y capirote, las sastrecillas valientes de cada túnica, los doradores, los tallistas, los restauradores, imagineros, plateros, orfebres, el cero noventaycinco, la cordonería alba, casa Rodríguez, Molina de alcaicería, calzados Mayo, la antigua cerería de el Salvador, la casa del nazareno de la calle Matahacas donde tanto voy con mi hermano Fernando y así sin parar. Y eso que algunos perecieron en el camino, como los lateros, que se fueron con sus jarrillos de lata y con la sed calmada por los aguaores. Pero los demás siguen ahí, resistiendo el rodillo que viene del oeste.

Pero qué digo, si ya estamos en los Jardines. Los Jardines es la cita. Viene de noche, a lo lejos, ya se ve. Es un fuego presentido, es un fuego presentido, es un dolor agudo que se ve venir, es un manotazo sordo sobre un corazón acolchado. Es Ella que vuelve a casa y entra por su jardín de silencios imposibles, de fotógrafos minutereros de antaño, de antiguos soldados de la guarnición arrimados a las niñeras, del desaparecido merendero de domingo y del recordado cine de verano con los tenderetes a la salida de chumbos con tallistas de la Rambla para el agua fresca. Los Jardines... y la noche que viste ya su camión de Miércoles. Y los ojos de los niños como dos migajas de cena triste en la que picotean los pájaros del sueño. Y otros pájaros que juegan a la cuerda con el viento.

Soy nazareno, soy nazareno de Sevilla, el viento mueve las hojas y éstas me abanicán. Soy feliz viendo como mis esquinas de la noche me reconocen y mi cortejo lo forman una brisa de instantes. Soy nazareno de Sevilla y vuelvo a casa con la satisfacción de la melancolía cumplida. Y veo a lo lejos a mi Cristo de la Salud virar hacia casa recogiendo las miradas desparramadas de los buscadores de perlas. Es Cristo, que va por barrios, que le despojan de sus vestiduras en Molviedro, que recibe la cruz en sus hombros cuando sale del Porvenir, que ora esperando ser crucificado cuando abandona Triana. Es Cristo volviendo Cautivo y prendido y abandonado por sus discípulos a su Tiro de Linea; Cristo crucificado ante el arrepentimiento de Longinos que se echa a andar tras todo un Cerro de amor; es Cristo maniatado, con su



clámide sobre los hombros viendo llorar su salida imposible por la calle Águilas. Va por Cardenal Spínola y siente la mano en su rostro ante la mirada complacida de Anás; sale de Nervión con la quinta palabra en sus labios y muere en el regazo virginal de su madre cuando llega al Baratillo. Cruza el puente amarrado a una columna y ora en el huerto junto a San Pedro y San Juan cuando ve la luz de la calle Feria. José de Arimatea y Nicodemus lo descenden de la Cruz ante la Quinta Angustia de María Santísima a su paso por la Magdalena y escucha el silencio, el silencio de Sevilla que sabe a jazmín y tiene color de carey. Y escucha la Sentencia mientras unos hombres de ley hacen que atravesase el Arco de San Gil. Y porta caído la Cruz siguiendo a un jinete que galopa por un puente. Y se hace poder eterno en San Lorenzo. Y muere en San Julián, y en la Universidad, y fallece de amor en El Salvador. Y expira en el Museo. Y vuelve a Triana mirando al cielo, mirando al Padre, agonizando con la boca abierta y con su paño de pureza agitado por la tormenta de la hora nona. Es Cristo paseando por Sevilla, Nuestro Padre Jesús de la Salud, Cristo vivo que ha bajado a verme y que pisa los corazones sobresaltados de mi barrio.

Y a la calle San José la siento como el largo pasillo de la casa de mi infancia. Vuelvo a ser el niño chico que pegaba la nariz en los cristales de aquella ventana que daba a un patio en el que jugaban unos niños al esconder y al pilla-pilla. Y yo jugaba con ellos sin que ellos me vieran, disfrazándome de romano y cabalgando las imposibles praderas del oeste de la imaginación a lomos de mi invencible caballo. Me acuerdo de los versos de mi insustituible tío Manuel Alcántara:

*Un tranvía de sol con jardinera*  
*Por los baños del Carmen, gran carrera*  
*Concursos de sirenas y delfines*  
*Ya no estábamos en guerra aquel verano*  
*Mi padre me llevaba de la mano*  
*Y yo estaba en segundo de jazmines.*





El Templo, a lo lejos, parece el regazo de mi madre, esperándome de anohecida con su particular acopio de lunas atadas a la sangre. Quisiera tardar, pero me empuja el acordeón presuroso de la hora. Siquiera una saeta hiciera más largo el tránsito. Todo un año esperando y ya se vence el sueño breve de la bendita penitencia. ¿No puedes recrearte, Capataz, para que yo llegue más tarde?. ¿No puedes doblarle la mano al minuterero? Párate aquí. Haz que tu gente de abajo mida su caminar al milímetro. Arría el Paso. Mécelo luego, interminablemente, hasta que el dolor de María se transforme en un dulce sueño de recogida. Déjame estar a su lado esta larga noche de Martes, velando esa pena que nunca acaba de romper en llanto ni en desahogo. Deja que se consuma lentamente la candelera en imposibles lágrimas. No te la lleves Capataz. Déjanosla a Sevilla. Déjamela a mí, que la cuide, que la quiera, que la mime. Déjame que me la lleve otra vez a hombros de la ternura. ¿No ves, capataz, este mar de corazones inconsolables? ¿No ves en la cara de cada uno de sus hijos el dolor anunciado de su marcha? Rebélate Capataz. Di tú mismo que no, que Ella se merece su barrio, la capilla de la calle, el templo de una noche de abril.

*Pongamos que esta noche te hago un trato*

*Pon Candelaria tú la gracia*

*Que si acaso yo pondré la audacia*

*De llamar a llorarte en arrebatado*

*Una blanca pasión araña lenta*

*Esta hermosa noche sin veneno*

*En la que hurgo en el amor ajeno*

*Y presumo corazones con tormenta*

*Amor en la mirada, espanto ciego*



*Amor en la razón y en la locura  
Desastre entre la pena y la amargura  
Consuelo de mi voz y de mi ruego*

*Luz de un mundo hosco y sin camino  
Referencia de brillo en la tiniebla  
Norte de claridad entre la niebla  
Candelaria alumbrando mi destino*

*Anticipo embriagador de vida eterna  
Esperanza de una pena consumida  
Que me privas del fracaso de la huida  
De la nada, del silencio, la caverna*

*Yo soy gozo y tú mirada dolorosa  
Soy el resto de un paisaje maniatado  
Con el rumor de algún pájaro cansado  
sobrevolando las acacias y las rosas*

*Van clavadas las astillas del fracaso  
En la sola soledad de tanta gente  
Que una lágrima vidriosa, impunemente  
Se les pierde en la mejilla del ocaso*

*La quietud dolorosa, sorda y ciega  
Sólo tiene una salida en la tristeza  
El perfil de tu beso, tu belleza*



*Y el cobijo de madre que no niegas*

*Miente el olvido, si perdura*

*Miente quien compra a cualquier precio*

*El recuerdo penitente y recio*

*De un paseo entre túnicas impuras*

*Ir contigo sin conciencia y en jauría*

*Creyendo sinfonías de azucenas*

*Con la turbia realidad de alguna pena*

*No ha de ser la penitencia, Madre mía*

*Quererte sin saber como ni cuanto*

*Exige simplemente, así, a secas*

*No inventarse un perdón por lo que pecas*

*Por salir de paseo un Martes Santo*

*Entregarse al amor, mi Candelaria*

*Es entregarse sin freno ni medida*

*Es regalarte un alma arrepentida*

*Y cobrarse con tu luz indumentaria.*

Como ustedes sabéis, yo nací en Sevilla el pasado día 27. Hace algunos días que la muerte rondó mi puerta. Le he visto la cara muy de cerca, su rostro árido, sequeroso y escurrido. La muerte es un saurio esquelético que tiende una red pegajosa y blanda, que llega a ti vestida de frío como un luto anticipado. Es la misma muerte que vino a Sevilla hace poco más de dos años llevándose de su mano huesuda a dos viejos y



queridos amigos, inolvidables siempre, Alberto y Ascen. Es la misma muerte envidiada por los mismos asesinos, por los mismos matarifes. En aquellos días no dejé de referirme a tres nazarenos solitarios que nunca más habrían de sentir el calor de la mano de su padre camino del Templo. Tres hijos del duelo y del disparo que habrán de preguntarse un día con qué derecho les usurparon la infancia unos salvapatrias asesinos venidos del norte. Como sabéis, pudo sucederme algo parecido. Un regalo aparentemente inocente ocultaba la muerte violenta en forma de dinamita. Haber pasado ese trance me ha llevado estos días ha preguntarme por la cara de mi asesino, por el momento en el que determinaron mi nombre, por la explicación que se daban a ellos mismos en el instante ese en el que los hombres se cuestionan sus actos. Pero me ha dejado algo más: un calor que recorre mi cuerpo gracias a las incuestionables muestras de cariño y solidaridad de aquellos que me son próximos y de todos aquellos que no me conocen. Supe que no estaba solo, que no lo estaré nunca, de la misma manera que jamás estarán solos los tres nazarenos que hará dos años vieron caer a sus padres en una refriega. Hoy hemos venido a hablar de amor y me doy cuenta de que estamos hablando de odio. Tal vez sea porque defender la libertad, la paz, todas las concordias, conduzca al odio a quienes detestan la libertad, la paz y las concordias. No lo sé, confieso mi incapacidad para entrar en la cabeza de quien cree que la sangre corriendo por la calle abajo es el mejor método para conseguir sus fantasías de naciones inventadas. Dije aquella noche, evaluando bien lo que quería decir con ello y sabiendo que esas palabras suponían el mayor desprecio para quienes me querían matar, que lo más me enfadaba de aquél asunto era que no había podido ir a recoger mi papeleta de sitio en mi cofradía. Ya la tengo, ese si que es un auténtico billete a la gloria, no una caja de puros sin precinto.

Pero sólo os diré dos cosas: he luchado toda mi vida por mis ideas, que no ha sido otras que aquellas que llevan a la felicidad de mi país, de España, esa madre un tanto severa pero hermosa, necesaria, insustituible, y no voy a dejar de hacerlo ahora, por



mucha dinamita que utilicen los asesinos. Llevo a esa España metida demasiado dentro como para renunciar a ella. Y hace muchos años que perdí el complejo de reivindicar su nombre. De la misma manera que llevo a Sevilla, esta plaza escenario tantas veces del dolor, que no fue mi cuna, aunque sí la de mis hijos, pero que me vio nacer de nuevo el pasado 27 de Marzo. Por ello ya podré decir, abriendo bien las palabras, que soy sevillano, lo que tanto me he sentido. No sólo por haber renacido en sus calles, sino por haber recibido durante estos días tanto amor, tanto abrazo, tanto gesto, tanto guiño, tanta palabra. Ese territorio esponjoso que es el de la emoción, ha quedado anegado para siempre. Gracias , siempre gracias a mi Sevilla, que ha sabido estar conmigo. Y gracias, excepcionalmente, a quien de veras puso su mano para que no se activaran aquellas malditas células fotoeléctricas: María Santísima de la Candelaria, que obró el milagro, siendo ella la luz, la Candela de Dios, de que la luz no fuera. Gracias Madre por el vuelo de tu manto verde de esperanza y de vida. Gracias por considerar que aún te tengo que acompañar muchos años a la vera de tu palio, cosa que indudablemente haré mientras tenga un solo hilo de fuerza. Y tengo que acordarme de la que está en San Gil...

*Hoy me navega Dios sobre la frente*

*Y remolcando mi alma nazarena*

*Se me viene un latido bruscamente*

*Que me alivia de tu ausencia, Macarena*

*Voy contigo Madre hacia la calle*

*A la espera del milagro y del asombro*

*Ceñiremos a Sevilla por el talle*

*Y a la luna con el brazo por los hombros*



*Tennos Macarena amanecida*  
*Prestos a añorarte y a quererte*  
*Volverá otra primavera a ser vencida*  
*Y volveré a vencer la mala muerte.*

Y ya estoy llegando al final. Me deben quedar un par de chicotás, aunque en asuntos relacionados con este tipo de exordios vengo a ser como el nazareno que no quiere volver a su templo. Yo quisiera llevarme horas, pero quizá, los pregones, sufran del mal de la incontinencia y uno se transforme, ante el pavor de los escuchantes, en un torrente inacabable que se lleva por delante esa cristianísima virtud de la paciencia de la que tanto hacen gala los auditorios. No quisiera ser de aquellos que provocan la incomodidad de los asientos o la consulta continuada del reloj o el comentario de “¿otra vez vas a sacar al Cristo a la calle, mi alma?”. Entended al que está en el atril: escribes de lo que veras te gusta, te escuchan quienes de veras entienden, y estás en tu iglesia rodeado de los tuyos. Es lógico que, a veces, se quieran alargar las faenas.

Ya de recogida, capirote en mano, somos presos de ese dulcísimo cansancio que sobreviene de pronto. Y hemos de marchar a casa deshaciendo un camino largamente esperado. Pero ahora el rastro de la gente es distinto, su paso es cansino, demudado, y lleva escrito en las sandalias el recorrido de la cera.

Parece que haya vuelto a empezar el invierno y que no nos llegue el abrigo, mientras que por el cielo se asoma cautelosa una estrella. Es ese instante en el que se desatan los gestos y se te vienen abajo los hombros y se empieza a echar el ancla entumecida de aquel cansancio. Nos queda el corazón tapizado por esa vista aérea de Dios que es una cofradía en la calle. Se ha echado la noche a manivela. Es el camino de vuelta. En la mente, ahora, se suceden recuerdos inmediatos, de un rostro, de una luz, de un gesto. Se pegan las fotografías en el álbum de la memoria y se pide al tiempo que pare, que uno necesita soñar. Se aturde el nazareno entre la nana y el grito,



entre las cruces y las rosas, entre el llanto y el gozo. Algunos tienen la suerte de saber de la hermosura de la primera aurora mientras cruza las esquinas la sombra del ángel. Todo lo envuelve ese aire de milagro cumplido y sólo espera ya el reposo de una noche agitada para quien ha agitado convenientemente su cuerpo y su conciencia.

Pero queda algo más: de nada serviría sacar a Dios a cuerpo y acompañarle en penitencia si lo que queda de todo ello es el recuerdo de un paseo por Sevilla.

Queda la enmienda, su propósito, su deseo. Al nazareno le exige Dios la conciencia del mundo en el que vive. Si el nazareno no mira a su alrededor no tendrá ojos para los pecados del mundo, para la injusticia, la insolidaridad y el desamor. Que seamos los sevillanos hombres y mujeres comprometidos con las enseñanzas que nos dejó un hombre que sólo vivió treinta y tres años y que, como escuché relatar hará tiempo, era hijo de un carpintero, nació en un pequeño pueblo y vivió en otro hasta que cumplió los treinta. Ese hombre predicó entonces durante tres años, no tuvo nunca ni una familia ni un hogar, ni vivió en una gran ciudad. Nunca viajó más allá de doscientos kilómetros de su lugar de nacimiento. Jamás escribió un libro ni regentó un gran buffette. La opinión pública viró contra él y sus amigos le dieron la espalda. Él perdonó a sus enemigos y fue crucificado junto a dos ladrones. Al morir, sus ejecutores se sortearon lo que era su única propiedad: su manta y, después, fue enterrado en una mísera tumba. Han pasado veinte siglos y ese hombre es hoy la figura central para una gran parte de la humanidad. Todos los ejércitos que han marchado, todas las armadas que han navegado, todos los reyes que han reinado, juntos, no han tenido la misma influencia sobre la vida de los seres humanos que tuvo ese hombre que protagonizó una vida solitaria.

*Este sin vivir por lo infinito*

*No dejar aparte la conciencia*

*Saberse en el trajín de la existencia*



*Apurarse por gozar de lo bendito*

*Volver la vista, sin prisa, por el rito*

*Perder la angustia, tener paciencia*

*Dejar palabras si acaso como herencia*

*Dejar la lágrima, dejar el grito*

*Ni más alcanzo ni menos deseo*

*Pongo a tus pies mi vida entera*

*Desde la cuna hasta llegar al nicho*

*Pongo pasiones, la lucha y el saqueo*

*Y la desolación y la quimera*

*Todas las cosas que sufrí y no he dicho*

*Caricia, un sollozo, fe y certeza*

*María ofrece como aurora al día*

*Todo eterno siempre en su belleza*

*De lumbre alta como luna fría*

*Por tu hijo trajina una tristeza*

*Que en tu rostro se sacia de agonía*

*Y sin deseo el alma a darse empieza*

*Entera cuenta de su voz tardía*

*El mundo en desafío ante tu puerta*

*Mi amor de hombre, su carga endurecida*





XX Pregón del Cofrade. Carlos Herrera Crusset. 2000.

*Y su pasado roto y su alma herida*

*Mis extremos silencios de agua incierta*

*Y mi ansiedad de ti y sin medida*

*Mi esperanza, Candelaria, y mi vida.*

**He dicho.**